Ilusiones lejanas
Los años perdidos de Andy Fondy

Armando del Puerto

Ilusiones lejanas

Los años perdidos de Andy Fondy

Armando del Puerto

Avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2024
©Armando del Puerto, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19763-68-6
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL:M-27446-2023

Dedicado a Mariamne:
Tú viajaste medio mundo solo para que mis ojos te contemplasen

Presentación

Dentro de mi repertorio literario, el presente es mi más dilecto trabajo. En él se ilustra el devenir de millares de personas expatriadas de sus lugares de origen y, en profusos casos, arbitrariamente adoptadas por extranjeros.

Ilusiones lejanas – Los años perdidos de Andy Fondy está dirigido a todos los lectores con la esperanza de que desentrañen el mensaje subyacente de los proscritos, que han debido adoptar costumbres e idiomas foráneos; estas circunstancias los alejan de sus verdaderos orígenes de forma manifiesta. En ese sentido, recientes investigaciones revelan la posible participación de funcionarios del Estado como coautores de hechos dolosos, que permitieron el ostracismo de hijos de parejas latinas en conflicto.

La presente novela se basa en hechos verdaderos; los nombres de sus protagonistas y lugares fueron

cambiados en aras de proteger sus identidades. En el infausto discurrir de la vida del protagonista, se hallan representadas las vicisitudes reales de millones de personas que fueron arrancadas del seno de su familia y de su entorno. Empero, cuando develan que no pertenecen a esa sociedad impuesta, con denuedo se aventuran a redescubrir sus orígenes, apostándole al destino porque ese tipo de emprendimientos resultan colmados de incertidumbres.

Una esmerada investigación permitió recabar datos inéditos que le proporcionan a la obra caudal literario y amenidad. Es imperativo reconocer que se han incluido aspectos sustraídos de la ficción, mismos que le dan un toque magistral a la narración de hechos que realmente sí sucedieron.

La ilustración cronológica de los acontecimientos aquí representados es otro aspecto que le aporta emoción y le permite al lector concatenación en la lectura de la novela.

Cuando registré estas líneas, de manera ininteligible se suscitaron hechos trascendentales en los lugares que se referencian en el transcurso de este trabajo. Esa fútil coincidencia aportó detalles enriquecedores a esta obra, que espero colme las expectativas del público de todas las culturas del globo.

Finalmente, estimado lector, la descripción de pormenores de lugares y personas, en algunos apartes de la novela, le ayudará a orientarse en el tiempo y en el

espacio. Es baladí recordar que este trabajo pudo ser la creación de cualquier persona que haya tenido acceso a los datos que aquí se ilustran. Espero que esta obra sea del agrado de todos y que estimule a los lectores a poner por escrito sus vivencias… y aventuras.

EL AUTOR

Mi venida al mundo

Me embarga una angustia infinita el aludir a mi tempestuoso pretérito y a la vez añorados días de mocedades. La siguiente es una revelación inédita sobre mis ilusiones perdidas, mis años perdidos. Los recabé de un deslucido sobre amarillento que otrora fue azul, pero especialmente de la confesión que Glen Jake Ferguson me hizo durante nuestra permanencia en casa de los Silverman en Torrance, en el verano de 1979.

Me llamo Andy Fondy. Tengo incertidumbre sobre el origen de mi apellido. Confieso, amigo lector, que no sabía cómo iniciar la narración de la historia de mis días, epítome cuyos matices son los mismos matices de la vida de incontables mortales a lo largo de la existencia humana sobre la faz de esta Tierra.

Empezaré por referirme a mi venida al mundo, incluso relataré los acontecimientos previos a este

sombrío pasaje de mi vida, hechos que jamás me atreví a contar.

Corría el año de 1968, época de cambios en todos los niveles. Sin embargo, la observancia de los principios morales se mantenía incólume. El machismo aún imperaba. La religiosidad rayaba en fanatismo, la sumisión y respeto de los hijos hacia sus padres era la constante en la mayor parte de los hogares de los países latinoamericanos y en vías de desarrollo.

Una joven mujer aparece en el escenario. Su nombre es Helena, y tal vez el destino le jugó suspicazmente una mala pasada por llamarse así, retrayendo su nombre de las historias homéricas y los fatídicos hechos suscitados en su derredor.

La sumisión de Helena hacia sus padres era retribuida por cuidado, orientación y afecto incondicionales de parte de los autores de sus días. El progenitor de Helena, hombre de gran prestigio y exoficial del Ejército Colombiano, gozaba de intachable renombre nacional. El veterano servidor de la patria nunca gustó del dinero fácil; era un hombre vertical y la palabra corrupción no existía en el diccionario de sus actos. Leal a la democracia y la libertad de su país, su actividad castrense culminó con la dictadura de once años atrás y fue entonces cuando incursionó en el campo político.

Su fortaleza militar se veía vulnerada por la ternura hacia la menor de sus cinco hijos y única mujer: Helena —mi madre—. Ella era la luz de su vida, el

motivo por el cual el general continuaba su impetuoso batallar, ya no en los fortines castrenses, esta vez en las trincheras de la vida.

Con su semblante de patriarca, el exgeneral Marín, en su acostumbrado ritual de impartir virtuosos conceptos, dijo:

—Hija, tú eres consciente del abnegado amor que te profesamos tu madre y yo, sabes que deseamos lo mejor para ti. El dinero no lo es todo, existen aspectos que son de mucha más relevancia en la vida del ser humano: el honor y la dignidad, raro bien entre mortales. Como todos estamos propensos a equivocarnos, voy a dejar algo en claro de una buena vez: si un día llegas a defraudar la confianza que en ti depositamos, con el corazón en la mano te digo que nos veremos obligados a olvidarnos de que alguna vez tuvimos una hija. Te recuerdo cariño que a mí no me gustan las amenazas; yo solo hago advertencias —concluyó.

Esta cátedra de behaviorismo resultaba como sarcásticos dardos que pervertían el corazón de la doncella, cuya candidez dio testimonio de la vida militar del general y posteriormente los avatares políticos.

Por otro lado, su epígono, el capitán activo Francisco Gómez —hombre íntegro—, era merecedor de todas las ovaciones de parte del veterano mentor.

Helena tenía 19 años de edad, y fue entonces cuando comenzó su epopeya: Cupido tocó a las puertas de su corazón. Así sucedió:

Fue durante una reunión celebrada en la casa paterna —nunca supe el motivo del ágape— cuando se desencadenó un sinnúmero de sucesos que cambiaron para siempre el destino de sus protagonistas.

Formaban parte del convite el médico Adolfo García, un solterón que admiraba profundamente a Helena. También estuvo el abogado Fernando Pérez; además Joaquín Vargas, un reconocido empresario y amigo de la familia de toda una vida, y el recientemente ascendido capitán del Ejército, Francisco Gómez. A este último lo acompañaba su entrañable subalterno Andrés Contreras.

La reunión fue interesante en un principio, pero luego se tornó fastidiosa, dejándose a un lado las anécdotas y temas inherentes a la medicina, la industria y la política. Se dio entonces paso a asuntos de carácter familiar y se dejó al descubierto el trasfondo de la tramoyista convocatoria. Nadie estaba preparado para escuchar el anuncio que se había fraguado. Entonces el anfitrión y señor hizo uso de su elocuencia.

—Caballeros, me place comunicarles una gran noticia —dijo—. Como pueden darse cuenta, amigos, tenemos aquí a un digno servidor de la patria. Perseverante luchador por alcanzar sus ideales —afirmó, mientras señalaba con la mano al capitán

Gómez—. Su juventud y constancia dejan entrever que tocará la cima que otrora ocuparon los próceres que nos enseñaron el camino de la democracia —continuó—. Un hombre cuyo único compromiso ha sido el bien común. Por otro lado —prosiguió—, estimados señores, tenemos en esta misma sala a las personas que significan todo para mí: mi amada esposa y mi digna hija Helena. Y debo admitir que mi nena será sin duda quien me represente en los años venideros, por ser ella el prototipo de la honestidad. Ahora bien —puso en práctica su cultalatiniparla—, estas dos personas, me refiero al capitán Gómez y mi hija, aquí presentes, contraerán hoy mismo un compromiso formal. Vaticino que no habremos de esperar mucho para que estemos celebrando una boda —concluyó.

Acto seguido, todos aplaudieron con regocijo. Seguramente, el dirigente y exmilitar seguía los vetustos modelos bíblicos donde los padres escogían el cónyuge a sus hijos.

Este inesperado discurso dejó estupefacta a Helena, quien sonrió para ocultar su descontento y, de paso, no lastimar los sentimientos de su padre. Mientras, los presentes auguraban los mejores días a los futuros esposos. Esta escena no le ocasionaba el menor de los agrados. No obstante, optó silentemente por no dejar relucir su desaprobación. Nunca estuvo preparada para recibir estas tediosas noticias.

Helena Marín admiraba sinceramente a Francisco Gómez, le prodigaba gran afecto. Era poseedor de grandes méritos. Se había hecho acreedor de una imagen, respeto y consideración. Sí, era merecedor de todos los elogios. Salvo que jamás llegaría a amarlo. La joven Helena ya había comprometido su corazón. Un tiempo atrás, un amor había nacido. Esa furtiva relación se había mantenido en secreto para divulgarse oportunamente, ahora ya ni siquiera se conocería.

¡Qué contrariedad! Eso ocurre siempre: la felicidad completa y la justicia no existen, son conceptos superfluos y no nos pertenecen; caminamos por senderos desconocidos.

El sol se ocultaba, las penumbras se apoderaban de la vieja casona y subyugaban el alma de Helena. ¡La noche había llegado! Las lágrimas de la joven se confundían con las gotas de lluvia que bajaban melancólicas desde las nubes luctuosas que cobijaban la pequeña urbe. Agualuna era su noble nombre, como ilustre fue el epónimo que le dio ese apelativo. Se localizaba en el suroccidente colombiano y la bañaba el río Andino.

La mañana siguiente, Helena se encontraba de visita en casa de Margarita Dussán, quien próximamente se graduaría de médica. La futura profesional de la medicina había sido su más leal amiga y su confidente desde su infancia, la persona idónea a quien podía contarle

su funesta situación y lo que le había designado el veleidoso destino.

Le relató su infortunio con sus ojos inundados en lágrimas. Estaba comunicándole sus historias más arcanas; deseó continuar, pero… sentía que desfallecía y se precipitó al piso. Quién sabe cuánto tiempo fue prisionera de ese letargo. Cuando recobró el conocimiento, se percató que su amiga la cuidaba, habiendo permanecido vigilante y preocupada por su bienestar.

—Lo siento, creo que es a causa de mis preocupaciones… es que no he tomado debidamente los alimentos —se disculpó Helena.

Su amiga no respondió, solo disintió con la cabeza.

—Quisiera ir a casa, ya te he ocasionado suficientes problemas —continuó, mientras Margarita se quitaba su bata de médico—. Lo lamento nuevamente, Maggie —prosiguió.

Por fin Margarita se atrevió a hablar:

—No tanto como yo, Helena. Desearía no ser yo quien tenga que decírtelo —afirmó con indignación.

—Decir… ¿qué cosa? —replicó, al tiempo que se incorporaba.

—También mis padres lo saben.

—Saber ¿qué? —volvió a preguntar—. ¿De qué hablas? —había dicho eso cuando entró en la habitación la madre de Margarita, llevando un vaso en la mano.

—¡Ah, ya despertaste, linda! Toma esto. Debes cuidar de tu salud y la del hijo que llevas en tus entrañas —aseveró la dama, al tiempo que confirmaba las terribles sospechas de la joven.

En solo unas cuantas horas y de modo vertiginoso, un joven mundo llamado Helena estaba desmoronándose. Los anhelos, las expectativas, las ilusiones y proyectos se habían cimentado en frágiles fundamentos que cederían ante el implacable peso del capricho.

Mi madre se encontraba en un profundo estado de depresión, casi al borde del desespero. No obstante, su amiga, en honor de la lealtad, le brindaría su apoyo irrestricto. Tampoco permitiría una transgresión o falta a los mandatos divinos ni a su juramento hipocrático. Bueno, a decir verdad, este era un punto a mi favor, de todas maneras, era sobre mí que se estaba decidiendo.

La tristeza y el nublado panorama condujeron a Helena hasta la puerta del médico Adolfo García, quien le tenía gran estimación. Buscó refugio en la veteranía de un hombre curtido en experiencia. Lo enteró de su desventura. El médico escuchó a su agradable visitante con esmerada atención, salvo que la reacción de este sería muy distinta a la de su novel colega Margarita Dussán. El galeno sentía que debía poner al corriente a sus amigos sobre lo que estaba sucediendo; al menos eso fue lo que dejó entrever luego de la conversación sostenida con Helena. Despachó a su visitante dándole voces de alivio y argumentó que meditaría sobre el

asunto en busca de una solución. El cincuentón tenía ahora entre sus manos un espinoso tema con el que debía lidiar. Al fin se resolvió.

Al día siguiente, el veterano de la medicina recorrió el trayecto a casa de los Marín, sin advertir siquiera que el camino existía; actuaba como autómata. Cuando apenas despertó del embeleso ya estaba frente a su amigo el general Marín. Dudó, pero era irremediable. Por largo rato desvió la conversación. Al fin se aventuró a decir:

—Creo que tengo algo importante que comunicarle, general. Se trata de un asunto… muy… —meditó por un instante.

—¿Algo anda mal, doctor? —interpeló el viejo.

—No, no. Es que… he pensado hacer un pequeño viaje —terminó diciendo y se abochornó de lo morón que fue. Siguió meditabundo tratando de despejar su mente, mientras su interlocutor lo miraba de hito en hito.

No lo dudó. Pidió permiso y se retiró de la sala ante la mirada atónita de su anfitrión. Lo hizo tan rauda y misteriosamente como cuando llegó. Abordó apresuradamente su vehículo y se alejó precipitadamente del lugar, huyendo quién sabe de qué peligro.

Al siguiente día, llegó el capitán Gómez a la morada de los Marín. Saludó afectuosamente a Helena,

dirigiéndose a la sala. Los esposos Marín se sumaron a la reunión. Platicaron mucho, salvo que Helena pocas veces intervino y nadie supo la causa de su enajenación. Helena lo acompañó hasta la entrada buscando estar solos y poder dialogar austeramente. Pero Gómez apresuró a despedirse para alejarse rápidamente. Pero antes, desanduvo unos pasos y, acercándose a su dulcinea, le dio un beso en su mejilla y le dijo:

—Nuestro buen amigo Contreras fue trasladado de manera intempestiva, creo que conformará el Batallón Colombia en el extranjero. Le irá bien, es un luchador; hasta lo envidio —dijo eso y se alejó abruptamente.

Qué paradoja, la joven quedó literalmente petrificada al escuchar tan inesperada noticia de boca de su propio «prometido». Sin proponérselo, Gómez acababa de transmitirle una desgarradora noticia y ni tan siquiera advirtió del tremendo dolor que eso suponía. Ahora Helena estaba viviendo una nueva pesadilla. Sus días habían perdido su encanto. Del holocausto pasaría a las puertas del infierno.

En el transcurso de los siguientes días, su mundo se había reducido a su recámara. Al fin y al cabo, ahí estaban impregnados todos los recuerdos; las más sublimes e invaluables memorias. Serias premoniciones invadían su candorosa mente.